

7339

LUIS MALDONADO

La Montaraza de Olmeda

DRAMA EN TRES ACTOS

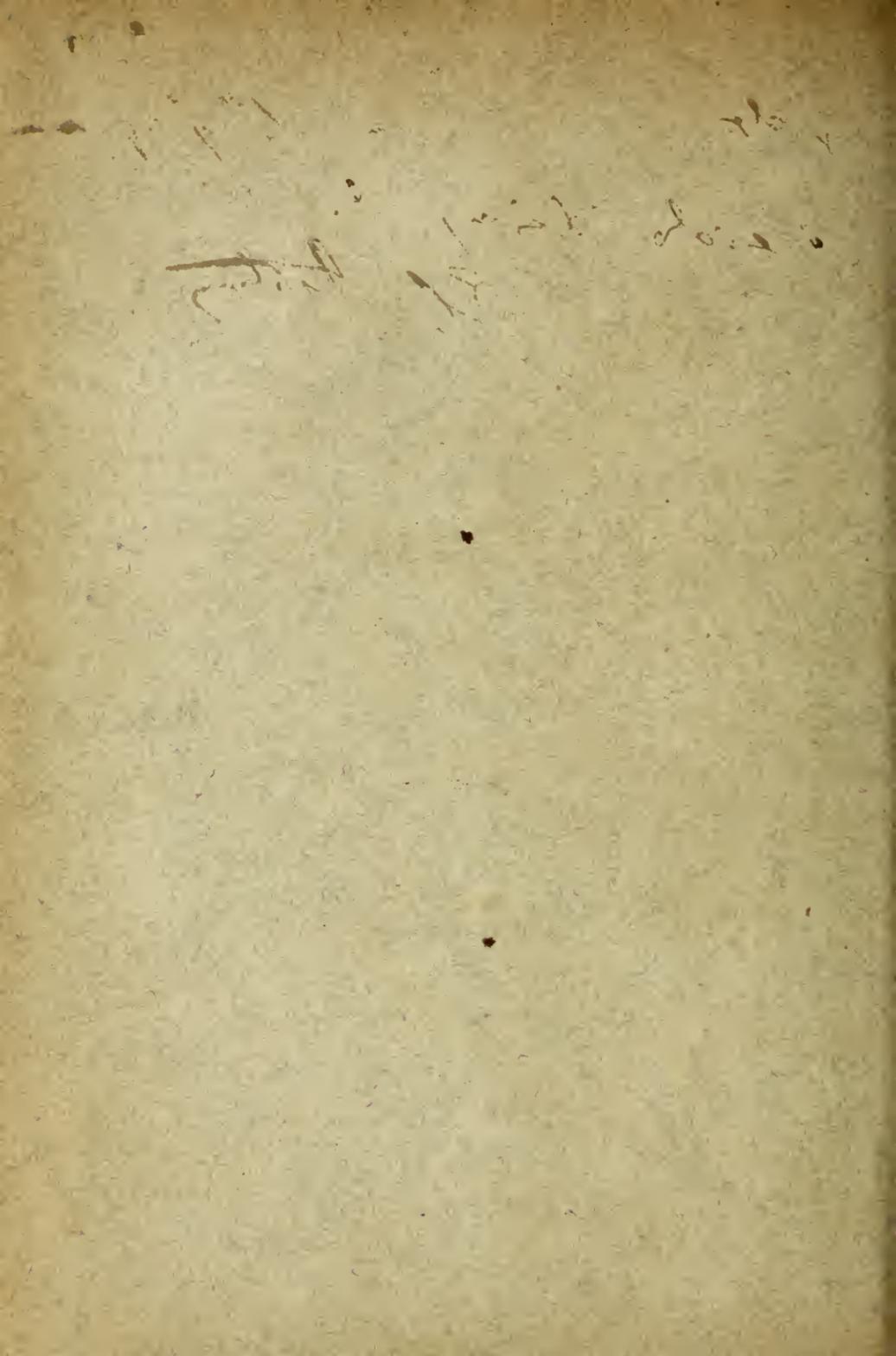


Copyright, by Luis Maldonado, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

8



Al Excmo Con. D. Francisco
Yndurain y Ponce de Leon
desde dieciséis
El Autor

LA MONTARAZA DE OLMEDA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

LA MONTARAZA DE OLMEDA

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

LUIS MALDONADO

Estrenado en el TEATRO DE LA PRINCESA de Madrid, el
día 9 de Abril de 1908



MADRID

R VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 BVP.^o
Teléfono número 551

—
1908

1850-1851

A la Excma. Sra.

Doña María del Carmen

Santos Suárez y Guillamas

Marquesa de Puerto-Seguro
y de las Nieves, Condesa de
Cabrillas y de Bailén.

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

OBDULIA (criada preferida de Manuel Andrés).....	Carmen Cobeña.
ELVIRA (hija de José y Rosaura).....	Josefa Cobeña.
ROSAURA (esposa de José).....	Isabel Luna.
ADELA (esposa de Ramón).....	Josefina Alvarez.
DOLORES (hija de Ramón y de Adela)..	María Luisa Ahijón.
ELOISA (esposa de Eusebio y tía de Manuel Andrés).....	Dolores Soriano.
RICARDA (criada de la alquería).....	Angela Tamames
JUANA (idem id.).....	Isabel Benito.
MANUEL ANDRÉS (propietario de la alquería).....	Francisco Morano.
DIONISIO (mayoral de ganados).....	Leovigildo Ruiz-Tatay.
SASTRE (cojo).....	Ricardo Manso.
JOSÉ (alto funcionario del Estado).....	
FERNANDO (hijo de Ramón y de Adela).	Rafael Cobeña.
RAMÓN (catedrático).....	Benito Cobeña.
EUSEBIO (ingeniero).....	Federico Llorens.
BALIJERO.....	Carlos Soto.
MAYORAL GUADAÑINO.....	Manuel Perrín.
GUADAÑINO 1.º.....	Carlos Dressel.
IDEM 2.º.....	José Mata.
PASTOR 1.º.....	Carlos Soto.
IDEM 2.º.....	Manuel Jordán.

Acompañamiento de guadañinos y espigadoras



ACTO PRIMERO

PRÓLOGO

La escena representa un gabinete modesto de la casa de José. Al levantarse el telón, un Criado, vestido de americana, recoge un libro de cuentas de mano de la señora de la casa; José lee un periódico sentado en una mecedora y Elvira teclea en el piano que ocupará uno de los ángulos de la estancia.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA, ROSAURA, JOSÉ y un CRIADO

- Ros. (Leyendo en la Agenda.) ¡Qué vida esta de Madrid! No es aquí posible el ahorro; hoy setenta y dos reales. (Entrega la Agenda al Criado, que sale.)
- José Y, sin embargo, es necesario ahorrar, hijita mía, muy necesario; el día, nada improbable, en que una cesantía, una enfermedad...
- Ros. No me hables de eso; me horroriza el pensar (Elvira, sin retirarse del piano, presta atención al diálogo.) que toda esta holgura pueda desaparecer en un instante y trocarse en estrechez y en miseria. ¡Y no sabes bien lo que yo sutilizo para evitar deudas y mantener el equilibrio entre el decoro de nuestra posición y lo reducido de tu sueldo! ¡Qué de dificulta-

des para todo! Ayer pagué el último plazo del uniforme que te obligó á hacer el Ministro; ¡quién creará al verte lleno de entorchados y bandas, que hemos estado ¡catorce meses mortales! pendientes del sastre! Y ahora llega el verano y nuevos gastos. Quisiera una que todo el año fuera una sola estación, tibia, para no necesitar abrigo, estufas, alfombras ni viajes, y que no hubiera calendario para evitar fiestas y gastos; pero el trato se impone y, en tu posición y con una hija sociable y casadera, ¿quién elude esos compromisos de cada momento? Ahora tenemos el del *minuet*. Mañana será la zaramba. El cuento de nunca acabar.

(Elvira vuelve á teclear en el piano)

JOSÉ (Acercándose á Rosaura.) A mí lo que más me preocupa de todo es esa chiquilla tan linda, tan inteligente, tan buena... ¿Qué porvenir puede lograr en una sociedad tan metalizada?

Ros. ¿Quién sabe? Es tan simpática á todos los que la tratan que no veo imposible el que diera con un buen partido. Acaso ese charro tan arrogante...

JOSÉ No te hagas ilusiones: ese charro, como todos los campesinos, tirará, al fin, al monte y, aunque ahora está prendado de nuestra hija, llegará un día en que busque entre los suyos su pareja y, como es natural, se casará con una charra rica como él y como él ahita de sangre rústica...

(Elvira vuelve á prestar atención al diálogo.)

Ros. ¡Qué amargo estás hoy! Pues otras cosas mayores se han visto. Y el charro está loco del todo.

JOSÉ ¡Ah, pobre inocente! Parece que no sabes que Elvira, en lo demás tan razonable, está enamorada de Fernando, que es como estar al borde de un precipicio y que, en la duda entre aceptar al rústico ó arrojarse á la sima, querrá mejor arrojarse.

ELV. (Que, lentamente se ha ido acercando á sus padres, se interpone diciendo:) Sí dudo, padre, sí dudo;

pero no me creas tan poco razonable: de una parte, me atormenta la idea de que Fernando, que es un loco desesperado, sea causa, si le desdono, de una gran desgracia y, por ese temor, he evitado hasta ahora el rompimiento; por otra parte Manuel Andrés me atrae: es un hombre serio, cariñoso, de gallarda presencia, y hasta su posición no es cosa despreciable para quien conoce las angustias de esta vida en que la holgura no es más que aparente. Casándome con ese hombre os daría una gran tranquilidad, ¿no es cierto?...

JOSÉ

Cierto, hija querida.

ROS.

Ciertísimo, amor mío.

ELV.

(Continuando.) Con el otro... ¿quién adivina el porvenir? Verdaderamente que estremece el pensarlo... No diréis que no os he abierto mi corazón. Acaso á vosotros mismos os haya parecido que razono mucho y siento poco...

JOSÉ

No, hija querida, piensas y sientes como debe hacerlo quien ha venido al mundo para gozar de la vida y no para consumirse en el dolor y en la miseria. Yo comprendo que el afecto á Fernando tendrá raíces hondas en tu alma; pero es un temperamento de los que llaman ahora impulsivos, un candidato á la locura ó al presidio, no mal intencionado pero perversamente dirigido y peligroso para la paz de un hogar.

ELV.

Y, ¿quién romperá esos lazos?

JOSÉ

La voluntad, la voluntad resuelta á no dejarse arrollar por la desgracia, á no sumirse en las sombras de un porvenir terrible...

ROS.

(Con acento insinuante.) Y en cambio... el otro... ¡qué bueno, qué llano, qué inteligente!

ELV.

Inteligente... también lo es Fernando... madre.

JOSÉ

Sí, pero inteligente con fulgores de relámpago y aparatos de tempestad; mientras que Manuel Andrés tiene en el fiel todas sus facultades y es como una luz que alumbrase renamente sin oscilaciones ni desmayos.

- ELV. ¡Qué situación!
- ROS. Pues con Fernando no hay compromiso...
- JOSÉ Además, fuerza será que lo sepas todo, hija mía: á una raza como la nuestra de abolen-go covachuelista... sumida y debilitada por el ambiente oficinesco, conviene la infusión de sangre roja campesina. ¿Qué descendencia cabe esperar de un neurósico tan caracterizado como Fernando?
- ELV. (Levantándose) No me habléis más; clara veo la diferencia; pero me parece que aun debo á Fernando el último esfuerzo de mi pensamiento porque no se han agotado en mi alma el pró y el contra de su pasión vehemente y del amor tranquilo de Manuel Andrés...
- ROS. ¡Hija del alma, cómo mortificas tu razón con esas dudas!
- ELV. ¡Ah! ¡Madre mía, no son dudas de la inteligencia si no torturas del corazón las que siento aquí dentro. La situación no es dudosa para nadie; pero yo soy también de esa raza decaída de que hablábais antes, y, á la vez que sed de sangre nueva, siento el vértigo de esa mala pasión que se presenta á mis ojos como un atrayente abismo.
- ROS. (Alarmada.) Pobre hija mía, tú desvarías, ese loco te ha contagiado.
- JOSÉ No lo temas: (Estrechando entre sus brazos á Elvira.) nuestra Elvira triunfará de esa crisis dolorosa. Déjala que obre libremente, no contraríes su pensamiento ni su acción y ella triunfará... ¿no es verdad que triunfarás?
- ELV. Triunfaré si es triunfo el aceptar lo que parece más grato; acaso mi deber era unir mi suerte á Fernando y sacrificarle la tranquilidad de mi vida.
- ROS. ¿Luego te decides por el charro?
- ELV. ¡Qué carta la suya tan llena de noble sencillez! (Se sienta cerca de una mesa y, apoyada en ella y con la espalda vuelta á sus padres, lee lentamente la siguiente carta:) «No crea usted, Elvira, que el vivir entre gente ruda agota la sensibilidad. La rudeza del campo no es más que

aparente y las asperezas que la naturaleza y el hombre oponen á los rigores y á las inclemencias del cielo, no pasan de la superficie; bajo de ella guarda la tierra un seno amoroso y fecundo y los afectos sinceros del hombre se templan y contrastan en la fortaleza y en la robustez de su cuerpo, y son como las flores campesinas de un aroma más penetrante y más grato que las que se crían en las estufas de la ciudad. Yo no sabré producirme como un señorito de los muchos que rodean á usted; declaro que, antes me dejaría emplumar que vestir un frac ó una levita; pero, por dentro, no cedo á ningún misinquin de la ciudad en cariño á usted. Y si usted me quisiera y fuera algún día el ama de mi casa, la pondría á usted tan alta y tan rodeada de cuidados, que habrían de tener celos de usted, Dios me perdone, hasta las Vírgenes de los altares.» (José y Rosaura que han oído encantados la lectura de la carta, comprendiendo el efecto sedante que va produciendo en su hija, salen lentamente de escena, respondiendo el primero á un signo de vacilación de su mujer.)
Déjala... ni una palabra más. ¡El charro ha triunfado!

JOSÉ

ESCENA II

ELVIRA

Es encantador todo esto; abandonar la ciudad, pervertida por la mentira y la falsía, y pasar como por arte mágico en brazos de un hombre como Manuel Andrés, á otro mundo donde reinan la sencillez, la holgura verdadera, la vida patriarcal... ¡Oh! sí, decididamente acepto su amor. (Comienza á escribir; en tal momento aparece Manuel Andrés vestido á la usanza de los charros en la puerta del foro y con la gorrilla en la mano derecha y la izquierda metida por el costado en el cinto, observa á Elvira hasta el momento en que interviene de palabra en la escena siguiente.)

ESCENA III

ELVIRA y MANUEL ANDRÉS

- ELV. (Escribiendo.) Diecinueve de Noviembre de mil novecientos... Señor don Manuel Andrés... (Deja de escribir.) tiene gracia, pues no sé el apellido; como sabe que le conozco por su nombre, se quiso ahorrar el ponerlo; pero si no recuerdo mal es Manuel Andrés... Manuel Andrés... ¿Mamá? ¿Cómo se llama de apellido nuestro charro?
- M. AND. González y Sánchez; presente. (Elvira da un grito al verle é intenta salir; pero Manuel Andrés la detiene avanzando hasta mitad de la escena y diciéndola en tono de ruego.) No se vaya usted, alma mía.
- ELV. No debo recibir á usted no estando aquí mis padres...
- M. AND. Concédame usted unos instantes no más para que amplíe esa carta con una miajita de ñaidura, como decimos en mi tierra.
- ELV. (Entre enojada y satisfecha.) Atrevido es usted.
- M. AND. ¡Y cómo no serlo si la presencia de usted me da alientos para todo!
- ELV. (Impaciente.) Acabe usted pronto, ¡por Dios!
- M. AND. (Acercándose) ¿Pronto? ¿Tan mal se siente usted cerca de mí? ¿Tan despreciable soy?
- ELV. Despreciable, no; pero no está bien el que hablemos solos.
- M. AND. Eso será aquí; allá, en la Alquería, el santo amor no teme, antes se agranda en la majestuosa soledad de los campos.
- ELV. (Aparte, entretenida.) Qué romanticismo tan grato el de este hombre. (Transición.) Por Dios, Manuel Andrés, acabe usted pronto...
- M. AND. Sea, ya que usted se empeña. ¿Qué iba usted á contestar á mi carta? ¿Sí ó no? ¿Quiere usted mayor brevedad?
- ELV. (Vacilando.) Pues bien... sí, pero váyase usted. (Quiere salir y la detiene Manuel Andrés, cogiéndola por una mano.)

- M. AND. Que me vaya... ¿ahora?... ¿después de ese sí más dulce y más rico que la miel de mis abejas? Eso sería como volverse atrás desde los umbrales del Paraíso. No, Elvira, yo no me voy; porque abiertas á mí las puertas de esa alma tan hermosa, yo deseo algo más.
- ELV. (Fingiéndose asustada.) ¡Por Dios! ¿Qué más puede usted desear?
- M. AND. Quiero, Elvira, la cosa más natural del mundo: que una vez unidas nuestras almas, se anuden para siempre nuestros destinos.
- ELV. Pero eso es volar.
- M. AND. Volando, amor mío, quisiera yo poder llevarte á la casa de mi alquería, á aquella casita tranquila, rodeada de álamos que se destaca en la mancha oscura de los severos encinares; porque allí hace muchísima falta un ama, el ama Elvira, la de la Olmeda, como te llamarán en los contornos, la perfecta casada, la que amasará el pan á los amaneceres, la que distribuirá la comida á mis pastores, la que ordeñará la espumosa y tibia leche de las inquietas cabras...
- ELV. (Interesándose en el diálogo) Es bonito todo eso.
- M. AND. Que si lo es, amor mío, cielo mío, luz de mis ojos...
- ELV. ¡Miren el charro!
- M. AND. El charro que te pide que no le retrases la gloria de alegrar su casa... ¡Si vieras qué triste está y qué solo estoy yo allí desde la muerte de mi madre!
- ELV. (Aparte, enternecida) Tiene razón el pobre. (Alto.) Pues... sí; cuando usted quiera. No dirá usted que no es complaciente el ama Elvira.
- M. AND. ¿De usted todavía?
- ELV. ¿Todavía? pero si usted marcha más rápido que un expreso... y, á propósito, ¿cómo se va allá? A mí me parece que debe de estar eso al fin del mundo y que habrá que preparar por senderos de cabras para llegar...
- M. AND. No lo creas, bien mío. Seis horas de tren hasta la capital. En la estación dos jacas: una torda para tí.

- ELV. ¿Para mí, para mí la jaca torda, como en *Don Alvaro*?
- M. AND. Y tú, á la castiza usanza, en tu sillón de terciopelo carmesí, con bordados y alamares de plata, y á tu lado yo taca, taca, taca, taca, marchando castellano, en una horita de plácido coloquio, á través de la extensa vega y los montes sombríos, llegaremos á la Olmeda donde te recibirán aquellas gentes sencillas, incapaces de ruidosos y fingidos entusiasmos, con todo el sincero y respetuoso afecto de sus almas.
- ELV. (Enternecida) Encanta... eso. De verdad que deseo verme pronto en esas ricas amugas castellanas como Isabel la Católica en el cuadro de Pradilla...
- M. AND. Y al lado... tu Fernando.
- ELV. (Levantándose contrariada) Mi Fernando no, no, no digas eso. Tú serás mi Manuel Andrés... (Dirigiéndose á la puerta lateral.) No pronuncies otro nombre.
- M. AND. (Con ademán de sorpresa.) Pero, ¿por qué te mortifica ese nombre?
- ELV. (Desde la puerta) Por nada que puedas ofenderte. Esto te basta. Y vete, por Dios, que alguien viene ya. Hasta luego. (Vase.)
- M. AND. Quede con Dios el ama Elvira la de la Olmeda.

ESCENA IV

MANUEL ANDRÉS, ROSAURA y JOSÉ

- ROS. ¿Usted aquí?
- JOSÉ ¿Nos ha esperado usted mucho?
- M. AND. Poco y en grata compañía. Sorprendí aquí á Elvira y en fuerza de ruegos logré que me escuchara...
- ROS. Y, ¿contestó?
- JOSÉ (A Rosaura.) No seas indiscreta.
- M. AND. Como podría soñar mi deseo.
- JOSÉ ¿Y los tíos?

M. AND. Están llegando; como de costumbre me anticipé á ellos que hacen unas sobremesas eternas y bajan la escalera lentamente y además... porque deseaba hablar á ustedes... sin testigos... Saben ustedes de hace mucho tiempo mi inclinación hacia Elvira y el deseo de mis tíos...

ESCENA V

DICHOS y ADELA

ADELA (Entrando) Santas y buenas noches.
TODOS (Con amabilidad forzada.) Muy buenas.
ROS. (A José) Qué inoportuna.
JOSÉ (A Rosaura.) Paciencia.
ADELA (Sentándose.) Lo primero sentarse. ¡Ajajá! Vengo rendida. Salí á ventilarme en el Retiro, porque lo manda así el médico, luego á una ceremonia de las Ordenés en las Calatravas, después á compras y á saludar á Susana Clavería que está en plena decadencia, más tarde... (Reparando en que Manuel Andrés mira distraído por la vidriera del balcón y José y Rosaura, preocupados en otros pensamientos, no le escuchan.) Pero, ¿qué pasa aquí? (Dirigiéndose en voz baja á José y Rosaura que están cerca.)
ROS. (Bajo y en tono contrariado.) Cosas de familia.
ADELA Pues cuéntamelas. ¿No soy yo de la familia? ¿No voy á serlo algún día?
ROS. No leas en el porvenir con tanta seguridad. ¡Quién sabe lo que Dios tendrá dispuesto!
ADELA ¿Qué puede tener dispuesto como no sea el que se casen tu Elvira y mi Fernando? (En tono de broma. No le consentiríamos otra cosa al señor porvenir.)
ROS. No gastes bromas con esas cosas, Adela, que son muy serias.
ADELA ¿Serías? pero, ¿qué es lo que ocurre? Yo tengo derecho á saberlo.
ROS. Adela, (Indicando á Manuel Andrés.) no puede ser.
JOSÉ Es muy duro... para una madre.

ADELA Torpe de mí que no os comprendía. (Acercándose á ella y hablando con acento bajo y apasionado.) ¿Serán entonces ciertas las sospechas de Fernando de que queréis casar á Elvira con ese montaraz?

ESCENA VI

DICHOS, ELOISA, EUSEBIO, RAMÓN y después ELVIRA; se saludan mutuamente

RAM. ¿De qué se hablaba, si no es mal preguntado?

ADELA (Fingiéndose tranquilidad.) Contaba á estos cosas de la boda.

EUS. De nada más grato podría usted hablar á padres con hijos que se quieren.

ADELA (De mal humor.) No se trata de eso, sino de la boda de la chica del droguero de la plaza de Abencérrajes.

ELOISA ¿Aquel escuerzo se casa?

RAM. Nunca falta un roto para un descosido.

ADELA ¿Roto dices? Un gran mozo, teniente de artillería, con unos ojazos como azabaches y unos bigotes á la borgoñona que no hay más que pedir.

RAM. (Bromeando.) Señora, tenga usted la lengua porque va usted haciendo un elogio demasiado circunstanciado de ese sujeto.

EUS. Consuélate el saber que tal y mejor le pareciste á tu mujer en tus ya remotas mocedades.

RAM. ¡Oh, *témpora!* ¡oh, *mores!*

ELOISA ¡Oh, qué pesado! Déjelo usted hablar, que me interesa el saber cómo ha encontrado novio galán esa raquílica insustancial y cursi, y otras, hermosas y discretas, se quedarán para vestir imágenes.

EUS. Eso no lo dirá usted por la señorita de la casa que está bien favorecida (Señalando á Elvira y á Manuel Andrés, que departen á un extremo.) por nuestro sobrino.

ELOISA El favorecido es él.

- RAM. Y á propósito de Elvirita, ¿dónde se oculta ese sol que no quiere alumbrarnos?
- ADELA (Impaciente) ¿No la ves, hombre?
- RAM. No me había apercatado...
- EUS. Y á todo esto, ¿á cuántos estábamos de esa famosa boda de la ilustre droguera y el bravo cadete de la Gascuña?
- ADELA (Sobreponiéndose á su disgusto.) Íbamos en que se habrán casado en la capilla de San Luis, que estaba cuajada de flores y luces; en que luego habrán tenido gran comida servida por el propio Lardhy, y lo demás lo contarán mis chicas, que aquí llegan.

ESCENA VII

DIOS y FERNANDO y DOLORES

Cambian saludos y se sientan todos formando grupos. Fernando demuestra inquietud

- DOL. Creí que no llegábamos nunca. Este se empeñó en que bajáramos á los pies la comida nupcial subiendo con ellos la Cuesta de San Vicente y vengo rendida.
- EUS. Así me gusta: el ejercicio vivifica.
- ELOISA ¿Y qué tal la boda?
- DOL. Admirable: ¡qué lujo, qué trajes, qué comida, qué coches, qué casa!... Había para marearse. Sobre todo los trajes de la novia y el equipo de viaje. El acabóse de lo elegante y refinado. ¡Qué falda gris bordada de acero! ¡Qué corpiño de encajes! ¡Qué collar de perlas! En fin, mejor es no hablar de ello.
- EUS. (Santiguándose.) ¡Las veces que habrá tenido que engañar el droguero á su clientela para hacer tanto dinero con albayalde y vitriolol! Y tú, monísima, (Dirigiéndose á Dolores.) ¿no has sacado ánima? Bodas traen bodas.
- DOL. Algo he sacado, según dice éste; pero mera satisfacción del amor propio.

- RAM. Pues hija, no cuezas tu puchero á la lumbre del amor, sino al amor de la lumbre.
- ADELA (Interesándose.) Déjala que hable. ¿Qué fué ello, Fernando?
- FER. (Alterado.) Sencillamente que el muy canalla del novio no ha quitado ojo á ésta durante la comida, y que, á no ser por el sitio y el divino papel que estaba representando, no le hubieran quedado ganas de mirar más que á la estúpida de su mujer.
- ADELA Hijo, no seas violento.
- ELOISA Después de todo es un consuelo ese rasgo de sinceridad.
- EUS. Al menos se ve que tu hermana no le parece costal de patatas.
- RAM. Ni saco de paja.
- FER. No digais eso ni en broma, que me mortifica. Esta tarde, cuando veía á esta boba halagada por las miradas de aquel hombre... me daban ganas de... (Hace señas de estranguleo.)
- DOL. ¡Qué atroz eres! hijo. Da miedo cómo te pones.
- RAM. ¿La echamos, señores?
- JOSÉ }
EUS. } Vamos allá.
- (Se sientan á la mesa y juegan al tresillo. Los demás personajes hacen dos grupos: uno formado por Rosaura, Adela y Eloisa, y otro por los jóvenes.)
- FER. (Aparta á Elvira con ironía.) Y ese aldeano, ¿cuándo regresa á su pegujar?
- ELV. (En el mismo tono.) A juzgar por sus relaciones, más que pegujar, parece hermosa granja.
- FER. Lo dices como si tu hubiera dolido mi pregunta.
- ELV. ¡Quién sabe!
- FER. ¿Luego tú?... (Continúan hablando bajo con animación.)
- RAM. ¡Codillo! ¡claro está! ¡codillo impepinable! ¡Si lo estaba diciendo! Cinco de malilla, catala codilla.
- JOSÉ Bájese usted del trípode, señor catedrático.
- EUS. A pagar y silencio, que declaran ustedes todo el juego.
- DOL. (A Manuel Andrés.) Y aquella vida, ¿le es á us-

- ted grata? A mí me aterraria eso de madrugar con el alba y acostarse con las gallinas.
- M. AND. No lo crea usted. Allí todo alegra el alma. Si viera usted á los amaneceres qué frescura estremece la tierra, que semeja un inmenso ser que se despereza; qué olor tibio y balsámico se eleva de los campos como tributo de gratitud que ofrecen al sol por sus primeros rayos, ¡qué ambiente!...
- FER. (Interrumpiendo.) ¿Se estila todavía el romanticismo en provincias?
- DOL. ¿Y qué hay de malo en ello?
- M. AND. Me parece poco oportuna la interrupción.
- ELV. Continúe usted, Manuel Andrés, era muy bello lo que iba usted diciendo.
- FER. (Aparte.) No ocultes tus predilecciones.
- DOL. Sí, continúe usted.
- M. AND. No es posible continuar. La rudeza de un campesino no sufriría la segunda interrupción.
- DOL. (A Fernando) Siempre el mismo. Eres imposible.
- FER. (Con marcada ironía.) Pues he ahí otra diferencia más entre el campo y la ciudad, porque un ciudadano no resistiría la primera.
- (Manuel Andrés hace ademán de replicar)
- ELV. (Interponiéndose,) ¡Mamá! ¡Adela! ¡Eloisa!... A ensayar el *minuet*. Manuel Andrés será pareja de Dolores mientras llega Adolfo, yo con Fernando, *bis á bis*...
- M. AND. Señorita, perdone usted; pero estos bailes tan señoriles cuadrarían mal á un campesino. Será mejor que yo haga de público.
- ELV. Modesto es usted; pero no quiero contrariarle. Pues entonces nos hará *bis* mamá con Eloisa. Adela, al piano.
- (Se colocan frente á frente, formando dos parejas: Fernando y Elvira, y Rosaura y Eloisa.)
- FER. (A Elvira.) A ese rústico le voy yo á enseñar urbanidad.
- ELV. Serás injusto. El á nadie ofendía.
- ROS. (Dando una palmada.) Frente á frente las parejas, las manos altas, los cuerpos separados, inclinándose graciosamente cada cual hacia

- la suya... Ajajá... Comience usted, Adela.
(Bailan una figura del minuet, durante la cual tiene lugar el siguiente diálogo:)
- DOL. (A Manuel Andrés.) Y usted, ¿tiene vacante su corazón?
- M. AND. Hasta hace poco, sí; pero ya creo que puedo asegurar otra cosa.
- DOL. Le he flechado.
- ELV. Tu mano abrasa, Fernando.
- FER. No tanto como yo quisiera para la última vez que estrecha la tuya.
- RAM. ¡Bola! ¡Y de solo! ¡Agárrense ustedes, caballeros, que voy á jugarla! (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Portal de la casa, en una alquería del Campo de Salamanca, amueblado con vargueños, grandes escaños cubiertos con pellicas de aborton, cabezas de toro disecadas en lo alto de las paredes, mele-neras con cuernos á guisa de perchas, de que penden escopetas y arreos de caza. A la izquierda del espectador una gran mesa de castaño, y á la derecha una alhacena y un velador con periódicos, rodeado de mecedoras y butacas de mimbre. En uno de los lienzos de pared garrochas y un cartel de toros.

Al levantarse el telón aparecen en escena Obdulia, Enriqueta y Juana, que están limpiando la habitación. La escena está á plena luz hasta la llegada de Elvira y Manuel Andrés; después va obscureciendo, viéndose por el hueco de la puerta central el campo alumbrado por un bello crepúsculo.

ESCENA PRIMERA

OBDULIA, RICARDA y JUANA

- OBD. Darbos priesa, muchachas, que el dia menos pensao vendrá el señor amo, que ya va siendo mucho lo que s'alarga por Madrid.
- RIC. (Con tono malicioso.) Mu astraído debe andar cuando ni siquiá te escribe una letra.
- JUANA (Con marcada intención.) Acaso se habrá echao por allá novia y venga con pareja... Eso dicen en el pueblo, y él mucho tiempo lleva de íteres y véntiles, y manque siempre es

- callao, agora parece que calla más que endenantes.
- OBD. Si lo dices con segunda, te alvierto que á mí lo mesmo me da que el amo se case tú que se quede mozo barragán.
- JUANA No lo decía por tí, mujer; pero aunque lo dijiese, no hay agravio, porque el querer es como la lumbre, que siempre deja rescoldo... y que tú lo has querido... nadie lo inora.
- RIC. Como que andan en coplas y romances los güestros amores.
- OBD. Mejor sería que no le recordaras á una la su disgracia, que torres más altas se cayeron y cosas veremos que consolaremos.
- RIC. Si va al decirse, yo no creí nunca lo que corría; pero hija, ¿es tan malo el ser cortejá de un amo rico y galán? Al cabo ellas se llevan la espuma del puchero, y de vestir no se diga que los sus bajos valen más que los altos de otras. (Mirándole los bajos.)
- OBD. (Impaciente.) Pero ese no es el mi caso y... basta de palrar que oficio hecho aguarda al por hacer.
- JUANA (Aparte á Ricarda.) Lo niega y nus manda como si juese el ama.

ESCENA II

DICHOS y el BALIJERO

- BAL. ¡Ay María!
- OBD. Sin pecado concebida.
- BAL. Si me das trago te doy carta.
- OBD. (Escanciándole vino en un vaso mientras busca la carta en la balija.) Aunque juera sin carta te lo daría. (Con impaciencia.) ¿Es del amo?
- BAL. No sé, paece la su letra.
- OBD. (Aparte.) Ya era hora. (Recoge la carta, la guarda en el seno y busca en el devental (1) la moneda para pagar al cartero.)

(1) Faltriquera.

- BAL. (Al recibir el pago.) Vaya, gracias y hasta mañana.
RIC. ¿No hay papeles?
BAL. Un montón de ellos. (Los saca de la balija y entrega á Ricarda, quien los lleva al velador. Vase.)

ESCENA III

OBDULIA, RICARDA y JUANA

- OBD. (Sacando la carta del seno y mirándola.) Malditas letras... si una entendiese; pero asina no hay secreto y tiene una que abajarse á que otros la lean y dar su brazo á torcer... Juana.
JUANA. ¿Qué?
OBD. ¿Entiendes de letra?
JUANA. Ni jota, hija; me estorba lo negro.
OBD. ¿Y tú, Ricarda?
RIC. Deletreo con fatiga.
OBD. Acércate, mujer, á ver si lees.
RIC. (Limpiándose las manos en el mandil.) Voy allá.
OBD. Ven sacerdote, mujer.
RIC. (Cogiendo la carta.) Venga. (Leyendo el sobre con gran esfuerzo.) Di... di... o... nisiso, Dionisio... Es pa Donisio el mayoral.
OBD. (Con ira.) Trae. (Coge la carta y la vuelve al seno.) No es pa mí. (Acercándose á una ventana y llamando.) ¡Donisio! ¡Donisio!

ESCENA IV

DICHOS y DIONISIO

- DION. ¿Qué se te ha roto?
OBD. Toma, carta del amo.
DION. (Abriendo la carta después de leer el sobre.) ¡Gracias á Dios!
OBD. (Impaciente.) ¿Viene al fin?
DION. Y bien acompañaos.

- OBD. (Bajo.) Acompañaos, ¿y de quién...?
- DION. (En el mismo tono.) De la su mujer.
- OBD. Maldita sea ella. (Salen las criadas, mirándolos y murmurando, con los cántares al cuadril.)
- DION. ¿Ya empiezas? Pus tiempo hace que deberías haberlo barruntao; el amo no podía continuar asina.
- OBD. Y de mí, ¿no dice nada?
- DION. Si dice.
- OBD. (Con ansia) ¿Qué?
- DION. Oye. (leyendo bajo y con alguna dificultad.) «A Obdulia la dirás que si quiere continuar en casa tiene que acostumbrarse á la idea de que no es más que una criada, y si no lo quíe así, le das la cuenta y la dices que no la abandonaré á ella ni... á lo demás.»
- OBD. A lo demás. ¿No tiene nombre el mi hijo? Como si juese un perro para él... Pus no me voy; esta es la casa del mi hijo y aquí me quedo y como no me saquéis entre cuatro y con los pies p'alante, no saldré. ¡Y que venga acá esa señoringa de Madrid, que yo me sabré qué hacer con ella; arrastrá del moño la voy á hacer medir los suelos de esta casa que tantas veces he fregao yo con mis manos pa que ella los pise! No, Donisio; donde yo he echao raíces, no tolero otro árbol á la mi vera... Y lo mío pase; pero, ¿y el mi hijo? ¿Se va á quedar asina, manco de padre pa toa la vida? No, eso no, que él fué primero que tóos los que puea tener de esa que trae y no lo hubo de monja ni de parienta cercana pa taparlo tanto... al fin y al cabo él rico y yo probe, de montaraces venimos dambos, y la su familia y la mía na puén echarse en cara... Y á más él me logró con promesas y soy yo mu presona pa hacérselas cumplir. Hasta lo de agora juí mansa de puro consentía en sus ofrecimientos y porque quería ganarme su voluntad con mi afeto; pero agora va á conocerme y á medir tóo el querer que le he tenido cuando vea la cuenta que doy de esa mesinga... ¡Oh, me ahoga la rabia!

- DION. Bonita te vas poniendo pa un arreglo. Por ese camino te perderás tú y perderás al tu hijo.
- ÓBD. (Cambiando de tono.) Al mi hijo, Donisio, ¿por qué?
- DION. Porque si tomas por las malas vus abandonarás á dambos, y tú, si haces lo que dices, acabarás en una galera.
- ÓBD. ¿Y el mi querer? Donisio, ¿crees tú que tan priesto pueo arrancarlo del alma?
- DION. Mira, Obdulia, el querer, cuando es ligítimo, no es asina como dices; el que quiere de corazón y está enamorado hasta las cachas, no pega, ni riñe, que bastantes pendencias trae endrento pa buscarse otras por de juera. El querer verdadero ahonda como la raigambre de las encinas y de los robres hasta los mismos entresijos del alma y es como la rabia tullida de los perros, que siendo la pior pa ellos, es la mejor pa la gente que les anda á la vera y les coge afeto y compasión, mientras la otra rabia, la rabia clara, es voringlera y van por montes y poblaos ladrando y mordiendo, á diestro y siniestro y la gente les persigue de muerte. Asina te escontecerá á tí, morena: si rabias tullío, y predona la comparanza, tóos seremos á comiserarte; pero, reontra, si rabias claro ya pués ver cuál es el camino más corto pa dirte lejos de esta alquiria. Conque... ten calma y pacencia, que de sobra sabes que al amo no le falta corazón... Y no hace poco con ejarte en casa, que no sabe él bien lo que eja.
- ÓBD. Sí lo sabe, Donisio, y no seas mal pensao: yo me he desahogao contigo, pero la mi verdad te digo que nunca barruntará la mesinquina que trae lo que hemos sío. Ya que lo quieres será tullía la mi rabia.
- DION. Dios lo haga así, mujer, y será bien pa tóos; porque si no, dejarte aquí sería como dejar abierta, dentro e casa, la trampa del infierno.
- ÓBD. Y ¿cuándo llegan?
- DION. Esta tarde. El amo ha querío que el mal

rato lo pases de una vez. Mandé yo de madrugada los caballos porque tenía aviso dende hace tres días.

OBD. ¿Y no lo digiste?

DION. Los malos ratos pasarlos prieto y además el amo lo mandaba asina. Conque ajuera penas. Espabila, mujer; da la merienda á la gente que anda á la yerba en la guadaña y ajúntalos luego aquí pa cuando lleguen los amos. ¡Ah! Y prepara bien tóo.

OBD. Poco preparativo nesecita la casa para recibir al ama... nueva. Como los chorros del oro se la tengo. ¡Bien se va á gozar en el trabajo y en el cuido de una!

DION. Pocas lágrimas y á cumplir lo ofrecido. (Al ir á salir se oye el afilar de las guadañas y se detiene á la puerta diciendo con acento de broma.) Mal agüero, Obdulia; se oye mucho el afile de las guadañas. (Vase.)

ESCENA V

OBDULIA, JUANA y RICARDA. Las dos últimas entran con los cantaros en la cabeza

OBD. Pronto: vosotras á pelar cuatro pollos de los más tiernos y engordecíos, á Juan que eche los garlos á la charca pa ver si coge un par de libras de tencas y al cabrero que aperne un cabrito cestón, el mejor que tenga en el chirivital...

JUANA ¡Ay, María! ¡qué cena! ¿Viene el obispo de confirmación?

OBD. Viene el amo.

RIC. Y ¿tóo eso pa él? hija, revienta.

OBD. (Con esfuerzo.) Y... pa l'ama.

JUANA ¿Casó? Me lo daba el corazón que por algo se envahia tanto por allá.

RIC. ¿Y será... claro... una mesinga?

OBD. Será. De Madrid no pué venir otra casta... será... de las de moño alto y... sombrero.

JUANA Mal relóbado la lleve si viene con humos.

OBD. Venga como venga, habrá que aguantarla.

Conque... á trabajar que es tarde. (Vanse Juana y Ricarda. Obdulia se acerca á una ventana y lanza unos gifeos de llamada característicos. A lo lejos contestan con gritos semejantes. Y, mientras acuden los llamados, va preparando sobre un tajo cubierto con un mantel de lienzo casero, una fuente de cebollas, pimientos y tomates que va picando en ella como para hacer ensalada. Debajo coloca un zaque de vino y un vaso de cuerno.) Me lo maginaba: hace muchos días que la cigüeña tiene abandonao el nío y las golondrinas mañaneras no cantan y solo oigo por las noches los silbos de los bastardos: el sol sale encendió como sangre y la luna con rueda de nubes pardas. No, no tiene falencia; son señales que no marran; penas y lágrimas me esperan. Dios me predone las agorerías; pero no me engañaba, no me engañaba... (Entran de nuevo Juana y Ricarda con los pollos y el cabrito.)

RIC.

¿Lloras?

OBD.

Sí... me lloran los ojos de la indina cebolla que estoy picando,

RIC.

(Aparte.) Pues aunque fuese por otro causal bien harías en llorar. (Vanse Juana y Ricarda.)

ESCENA VI

DICHOS, GUADAÑINOS y ESPIGADORAS y después JUANA y RICARDA. Durante las últimas frases de la escena anterior se oye á lo lejos el canto de Guadañinos y Espigadoras que se acercan á la casa y en los comienzos de ésta llegan á la puerta repitiendo á plena voz el siguiente canto:

GUADS.

Muerte y guerra barruntan
los guadañinos,
mira que golpes tiran
los muy ladinos (1).

(La entrada en escena de los Guadañinos y Espigadoras, que deben estar bien caracterizados, será lenta y silenciosa como de gente que vuelve rendida de un

(1) La transcripción musical de este canto popular va al final.

- trabajo penoso. Poco á poco irán rodeando el tajo donde Obdulia aliña la ensalada.)
- GUAD. 1.^o Echa aceite mocita y no tiembles la sal, «la ensalada salada y oleada y por mano de loca meneada» como reza el refrán.
- GUAD. 2.^o (Al Mayoral.) Mayoral, corta pan.
- MAY. (Cortando rebanadas de pan moreno.) Allá va. (Lo reparte á todos.)
- GUAD. 2.^o ¿Cómo es el merendar hoy en la casa?
- OBD. Porque llega esta tarde el amo... con el ama.
- GUAD. 1.^o ¿Con el ama, recontra? ¿Y qué se va á hacer de la barragana? (Los Guadañinos ríen con estrépito. Entran Juana y Ricarda y van ofreciendo de comer á los recién llegados)
- OBD. (Airada.) Si tuviéseis quien os pusiera virgüenza, no sus reiríais tanto.
- MAY. A callar, contra, y el que no lo quiera asina la puerta es ancha.
- GUAD. 1.^o No hemos quería agraviar á naide. Allá va un envite. (Coge el zaque, llena el cuerno y se lo da al Mayoral.)
- MAY. (Acercándose á Obdulia y ofreciéndola de beber.) Vamos, mujer, echa un trago y desimula. Ya sabes que lo hizon de brutos.
- OBD. ¿De brutos sacaron cantares y romances?
- MAY. De brutos, mujer, ea, bebe y que la paz de Dios sea con nosotros y que quien nos reunió ogaño nos reuna drento de un año.
- TODOS Amén.
- OBD. (Llevando el cuerno á los labios que pasa luego á los otros criados.) De salú sirva. (Todos van repitiendo en voz cada vez más baja al ir á beber.) De salú sirva.

ESCENA VII

DICHOS, PASTORES 1.^o y 2.^o y luego MANUEL ANDRÉS, ELVIRA y DIONISIO

- PAS. 1.^o Chachos, ajuera que ya vienen los novios la guadaña alantre.
- PAS. 2.^o ¡¡Vamos á conocer á la señora ama!

- TODOS (Alegremente.) ¡Vamos! (Salen á la puerta del foro haciendo demostraciones de júbilo y entran luego rodeando á Manuel Andrés y Elvira.)
- M. AND. Aquí tenéis á vuestra ama, al ama Elvira la de la Olmeda, como la llamarán desde hoy por todas estas gañanías.
- MAY. Pues que Dios la conserve muchos años para bien de usted y de los sus criados y que les haga á ustedes bien casados, como San José y la Virgen y no mal como á Santiago y los moros.
- M. AND. Qué frase tan sentida ¿eh? Comienzas á gozar de la vida patriarcal que tanto te gustaba en mis descripciones.
- DION. Echaila al son de la bienvenida y dejaila luego que descanse la probita.
- OBD. (Aparte.) Asina descanse sobre espinas.
- ELV. (Aparte.) Qué tosquedad en las palabras. (Obdulia, Ricarda, Juana y otras mujeres cantando á la pandereta.)
- OBD. A la señorita Elvira
qué la hemos de decir,
que tiene cuerpo de Virgen
carita de serafín.
- TODAS ¡Ay! Que la Elvira
que ha de venir,
tiene la cara
de serafín.
¡Ay! Que la Elvira
que ha de llegar
como de reina
tiene el andar.
- M. AND. Bien por tí, Obdulia, venga otra. (A Elvira.)
¿No te decía yo que quitarían á las Virgenes de los altares?
- ELV. (Con tono displicente.) Son agradables estos cánticos.
- OBD. Que sea muy bien venida
y sea mejor hallada,
que ponga como gallina
y que críe como pava.
- ELV. (Aparte.) Qué ruda comparación.
- TODAS ¡Bien! ¡Bien!

- TODAS ¡Ay! que la Elvira
bien se hallará,
y al nuestro amo
mucho quedará.
¡Ay! que la Elvira
ha de tener,
mucha familia
mucho parné (1).
- M. AND. Gracias, gracias. Brota aquí la poesía como
las flores en las campos.
- OBD. Hija, ¡qué sería! ni siquiera nos ha dao las
gracias.
- DION. Ahora está aturdía; pa ella es esto tan nue-
vo como pa nusotros Madrid, pongo por
caso.
(Elvira con muestras de cansancio se sienta en un es-
caño.)
- M. AND. El ama agradece mucho vuestros agasajos y
corresponde á ellos dándoos licencia para
que mateis una modorra y os bebáis un cán-
taro de vino á nuestra salud. Y ahora á bai-
lar un rato en la pradera hasta el toque de
oraciones.
(Salen todos alegrèmente menos Manuel Andrés y El-
vira. Obdulia sale la ultima, lentamente y al intentar
mirar, de reojo, á Elvira, se encuentra con la mirada
de ésta.)

ESCENA VIII

ELVIRA y MANUEL ANDRÉS

- ELV. Qué mirada tan huraña la de esa criada que
ha salido la última.
- M. AND. Más que huraña habrá sido escrutadora,
para ellas eres hoy la cosa más extraordina-
ria del mundo y no saben contener su cu-
riosidad. (se sienta en un tajo cerca del escaño en
que descansa Elvira y la coge las manos cariñosa-
mente.) Ya estás, amor mío, en la Olmeda, ya

(1) La transcripción musical de estos cantos populares se encuen-
tra al final

eres el ama con que yo soñaba, la perfecta casada, honor de Castilla, la que amasará el pan á los amaneceres, la...

ELV. (Interrunpiendo entre atectuosa y contrariada.) Es bonito todo eso, pero no sé por qué, me gustaba más cuando me lo decías... allá, en la Corte. Ahora, será sin duda la primera impresión, me parece esto... un poquito... así, un poquito tosco.

M. AND. Sí, amor mío, tosco y rudo, pero hermoso en medio de su austeridad. Aquí todo es verdadero y vigoroso y sano: el ambiente que fortalece los pulmones, la alimentación que sostiene las energías... hasta el dialecto es viril y de tal sobriedad y tan sonoro acento, que más que de hombres parece de héroes legendarios...

ELV. (Esforzándose para complacer.) Ya me irás descubriendo, poco á poco; esas bellezas que han sido el señuelo de mi amor cuando recreaba mi espíritu con la relación de ellas.

M. AND. Pues todo aquello que yo te decía es pálido ante esta hermosa realidad. Mira, (La lleva hacia la ventana.) mira ese crepúsculo, que los charros llamamos emperecer del día; mira qué bandas de amaranto cierran el horizonte que parece un inmenso fanal lleno de transparencias; ¡cómo se destacan en él las robustas encinas, qué severas siluetas, qué azuladas cumbres en las lejanías... pero ¿estás contrariada?

ELV. (Disimulando) No lo creas... acaso el cansancio. Las famosas amugas y la blanca hacanea son más á propósito para vistas en el cuadro de Pradilla, que para soportadas durante tres horas de camino.

M. AND. Te compraré un coche con dos mulas que vuelen.

ELV. ¡Oh! no, no quiero matar nuestras ilusiones. ¿Qué será entonces de mi jaca torda?... No, Manuel Andrés, mi charro querido, es necesario sostener á toda costa el idilio... Anda, enséñame... mi casa...

M. AND. Ven á tomar posesión de ella. (Salen)

ESCENA IX

DIONISIO y OBDULIA

Dionisio trae cogida á Obdulia violentamente de la mano y la suelta al entrar

DION. Te advierto, Obdulia, que lo que estás haciendo no es lo tratao y que, si lo barrunta el amo, no serás tú sola la que pagues.

OBD. Demasiao está una desimulando.

DION. Vaya un desimulo, recontra. Llega el ama nueva y la echas unas mirás que paice que la quiés abrasar y aluego á mormurar de ella delante de tóos los collazos, que si no te desaparo á la juerza de ellos tadía estarías echando espundias de esa boca. Asina no pues continuar aquí y por lo consiguiente esta misma noche haces el hato y á dormir al chozo con tu crío que bien nesecita el probe de la tu compañía...

OBD. Al chozo ¿sin llevarme entre los deos el moño de esa misinga? No lo pienses, Donisio; no soy yo tan mansa.

DION. (Alzando la voz) No es eso lo que prometiste y el mal será pa tí y pal tu hijo.

OBD. Lo prometí sin verla; pero agora que la he visto, no tengo ya una onza de sangre cristiana y mañana, antes de que dispierte, la voy á picar los ojos (Hace señal con las tijeras que lleva pendientes de la cintura.) que es lo único güeno que tiene, pa que no güelva Manuel Andrés á mirarse en ellos.

DION. No harás tal locura, porque pa eso estoy yo aquí. Quieras ó no al chozo. (La coge con ademán de sacarla. Obdulia se defiende y á las voces de ambos acude Manuel Andrés por una de las puertas laterales.)

OBD. Déjame, Donisio.

DION. Calla, no escandalices. (Tapándola la boca.)

ESCENA X

DICHOS y MANUEL ANDRÉS

- M. AND. ¿Qué es eso?
DION. ¿Qué ha de ser, señor amo? Esta que no quiere ser güena.
- M. AND. (Cogiéndola de un brazo y sacudiéndola.) Pues se la arroja á la calle.
- OBD. No tan prieto, que no echas una criada como otra cualisquiera y pa que yo me vayas antes que venirme á razones.
- M. AND. ¿Razones? ¿Pero ahí hemos llegado? ¿Tú pedirme razones? Esto no se puede sufrir.
- DION. Un poco de pacencia y hablemos bajo, señor amo; Obdulía, si es la que debe, se conformará que otro remedio ya no cabe y vale más que haiga paz pa todos. Yo me voy á detener la gente que está llegando y no estaría bien que les encontrase á ustedes en guisa de pendiencia. Por la Santísima Virgen del Cueto que haiga paz y ca uno á lo suyo y Dios con tóos.
- OBD. ¡Paz! ¡venirme á mí á hablar de paz y me arrebatan lo que más quiero! Eso es la paz pa tóos, menos pa quien más nesecita de ella... (llorando acongojada.) Tú me has engañado, Manuel Andrés; tú me ganaste con afeto y con halagos, y agora me arrojas á la calle de la noche á la mañana como si juese una mala mujer de esas que se compran con dinero. Y lo mío acaso podría sufrirlo; pero yo no soy sola, yo tengo conmigo un peazo tuyo y por serlo no tolero que naide lo desprecie. ¡Oh! no, no, antes que ver abandonado al nuestro hijo...
- M. AND. Pero ¿estás loca, mujer ó demonio ó lo que seas? ¿Quién te ha hablado de abandonar á tu hijo?
- OBD. Al tuyo, Manuel Andrés. (Manuel Andrés se encoge de hombros. Enfurecida.) Pero, ¿lo dudas?

- (Cogiéndolo por los brazos.) ¿lo dudas? Mírame á los ojos y dímelo cara á cara.
- M. AND. (Forcejeando por desasirse.) ¿Quieres perderme?
OBD. Quiero que no dudes; porque eso ya no se puede sufrir en pacencia. Diré á gritos que es el tu hijo, y si me injurias otra vez con esa duda, si no dices que es tuyo, tuyo, tuyo... mil veces tuyo... (Avalanzándose á una escopeta.)
- M. AND. Obdulia; pero, ¿estás loca?
31 (Forcejean los dos agarrados á la escopeta, la cual se dispara al arrancársela Manuel Andrés a Obdulia y arrojarla contra el suelo. Obdulia lanza un grito de espanto, y, en tal momento, aparece Elvira quien se dirige alarmada á Manuel Andrés.)

ESCENA XI

DICHOS y ELVIRA

- ELV. ¿Qué ocurre?
OBD. (Interponiéndose) Una cosa que puo ser mu grave y... (Pausa.) no ha resultao na pal caso, señora ama. Estaba limpiando estos arreos, cayó la escopeta y al dar contra el suelo se disparó y ainas me mata.
- ELV. Es extraño...
OBD. Aún tiemblo del susto.

ESCENA XII

DICHOS y DIONISIO

- DION. (Saliedo precipitadamente con un velón encendido en la mano que coloca en la mesa.) Santas y güenas noches, señores amos, y que el trigo de ogaño dé espigas otraño. (Telón.)



ACTO TERCERO

La escena representa la cocina en la casa de una alquería del campo de Salamanca. En el fondo ancha puerta y grandes ventanas laterales por donde se descubren un monte lejano y una alameda vecina; á mano izquierda gran hogar con chimenea de campana, y bajo esta, escabeles con sus mullidos de pellica.

Sobre las puertas grandes espeteras cubiertas de reluciente ajuar, y cerca de la chimenea escopetas y arreos de caza. Del techo, penden grandes varales, sostenidos por lazos de sogas, cubiertos de chorizos, morcillas y farinatos; en el resto vacío de las paredes, cuelgan jamones.

Al comenzar el acto, un Sastre cojo con su Ayudanta, bordan en un rincón de la cocina, cerca de una de las ventanas, un manto de charra; las dos criadas, Juana y Ricarda tragan en el hogar, y los Pastores 1.º y 2.º sentados en tajos, cortan pan para sopas sobre sendas cazuelas. (1)

ESCENA PRIMERA

SASTRE, AYUDANTA, RICARDA, JUANA y PASTORES 1.º y 2.º

PAS. 1.º (Cantando.)

La ventanera
de la Tomasa,
que no está en casa,
¿dónde estará?...

(1) En el caso de no ser posible esta decoración puede utilizarse la del primer acto que, en tal caso, ha de tener gran ventana lateral.

- PAS. 2.º (Contestando en el mismo son.)
Está sentada
bajo una encina,
anda malina
del mal de amor... (1).
- PAS. 1.º (A Ricarda.) Tú sí que estás güena encina y
bien novalía.
- JUANA Pero tié amargas las abellotas.
- PAS. 2.º ¿Qué haces que no vas á probalas?
- PAS. 1.º Asina que cale estas sopas.
- JUANA Están mu altas pa pastores.
- PAS. 2.º Donde no allega la mano allega el gancho.
(Dejando la cazuela y alargando la cayada para aper-
nar á Juana.)
- JUANA Quitate morral, que me caes.
- PAS. 1.º Pues allá va el otro.
(Ricarda acude á defender á Juana, y los cuatro reto-
zan alegremente á la usanza charra; en sus juegos lle-
gan cerca de donde trabaja el Sastre y le tiran el ves-
tido. El Sastre, mohino, se levanta y les reprende.)
- SASTRE (Al ver caído el vestido.) Habráse visto brutos
como estos, ¿creéis que estáis en el monte?
- JUANA No te enfades y prueba en mí ese manteo
que escomenzaste pa la Odulia y concluyes
pa la Elvira.
- SASTRE Pa fregonas está el manteo.
- RIC. Calla esa boca, que si t'oyen estás perdío.
- SASTRE Tenáis las lenguas lo mesmito que víboras.
- PAS. 1.º Sí que tú...
- SASTRE Yo... veo... y callo.
- PAS. 2.º ¿Qué viste?
- TODOS (Rodeando al Sastre.) Cuenta, cuenta...
- SASTRE Antes mártir que confesor.
- RIC. Y con esta llave, ¿se abrirá la tu boca? (Cfre-
ciéndole una copa.)
- SASTRE Jamás resistió al vino ella.
- PAS. 1.º Ni la mía.
- PAS. 2.º Ni la mía. (Beben todos y luego rodean al Sastre.)
- SASTRE Pus mi verdad, vus digo que no me caben
juntas en el magín las cosas que ocurren en

(1) La transcripción musical de estos cantos populares se encuen-
tra al final.

esta casa. Un amo rico y galán que podía mu bien haberse casado con otra ama de las del campo y, si á mano viene, haber pagao lo que debía á la Odulia, que de menos mus hizo Dios y de concencia era habiendo un crío por medio, y la Odulia no es moco e pavo...

RIC. Eso de casarse amos y criás déjalo ya pa los romances.

SASTRE El caso es que el amo se engorroritó en la Corte con la señoringa, y asina que llegó á la alcairía escomenzó la groma entre ella y la otra. Y el caso es que no se puen ver y siempre andan juntas, y al amo no le llega la camisa al cuelpo y sabe que el trueno tié que venir presto, y va á ser de los gordos, porque Odulia es de un espeltre que, como se le hinchen un día las narices... güeno, güeno...

JUANA No se le hincharán por la cuenta que le tiene y además porque tiene mucha ley al amo.

SASTRE Pero al ama ni verla. El día que allegó, si la deja Donisio, la pica los ojos. Dimpués se ha serena por de juera; pero tié la sangre quemá, y cuando menos se piense dará que icir. Aunque la veais andar á la vera del ama, bailándola el agua, es porque no la echen de la casa y, si agora aparenta remilgos y adoba con miel las palabras, algún día saldrá la cabra montés que tiene endrento. En poco estuvo que el diablo tirara de la manta el día de la llegá. Si no es po el socarrón de Donisio, que tiene más conchas que un galápago... güen recibimiento habríamos tenío; pero la madrileña estaba como atontá del viaje y no s'apercató. Recontra, lo que es agora ya tiene mejores vientos... es fina de lo fino. Y... no digo más, y si queréis gresca vengan un badil y una llave y pa repicar mejor, otra copa de lo blanco.

JUANA Toma. (Le da llave y badila.)

RIC. Bebe. (Le escancia una copa.)

SASTRE Vaya por tí, morena. (Toca una charrada en la badila con una llave. Bailan todos con gran algarabía.)

SASTRE

(Cantando.)

Las criadas de sirvicio
van derechitas al cielo,
porque pasan con los amos
las penitas del infierno (1).

ESCENA II

DICHOS, ELVIRA y OBDULIA

- ELV. Pero, ¿qué escándalo es este? ¿Es á eso á lo que vienen los pastores á la alquería? ¿Así respetan la ausencia del amo?
- PAS. 1.º Predone usted, señora ama; estas gromas son costumbres de la tierra.
- ELV. Pues para otra vez dejáis esas malas costumbres en vuestros chozos. En un año que llevo aquí no pasa día sin que me déis á conocer alguna nueva. Esto es insoportable. ¡Salid pronto! (Salen murmurando Pastores y Mozas.)
- OBD. (Aparte) Maldita la hora en que llegaste. ¿Quién podrá sufrir tus remilgos?
- ELV. Obdulia, alcánzame el cestillo del pan. (Obdulia se lo alcanza.) Saca la gallina clueca. (Obdulia saca de debajo de uno de los escaños un gran cesto, dentro del cual se oye el cloqueo de una gallina en pollos y lo destapa. Aparte mientras Obdulia saca el cesto.) Cada vez se me hace más insoportable esta rudeza. ¡Y á estos desahogos salvajes llama mi marido costumbres patriarcales! (Se dirige al sitio donde Obdulia ha colocado la gallina y, cogiéndolo del cestillo que lleva en la mano izquierda, echa pan á la gallina y á los polluelos. Después se asoma á la ventana y echa pan al averío que cloquea en el corral.) ¡Pitas! ¡pitas! ¡pitas! ¿No es así como se dice? (A Obdulia.)
- OBD. Un poco más arrecio: miusté. ¡Pitas! ¡pitas! ¡pitas!

(1) Al final se encuentra la transcripción musical de esta copla popular.

- ELV. Calla, que aturdes; y al oírte esos gritos, ¿no huyen?
- OBD. Miusté por la ventana; embajo de ella se ha reunío tóo el averío de l'alquíría.
- ELV. Es verdad, reconozco que te entiendes mejor que yo con ellas... Cógeme aquel pollito de las plumas vueltas.
- OBD. ¿No se atreve usted? No pica.
- ELV. Pero la madre sí; la tengo miedo.
- OBD. (Con acento iracundo.) Es natural que una madre defienda los sus hijos.
- ELV. ¡Qué tono! ¿Por qué hablas así?
- OBD. Por... na... Tome usted el de las plumas güeltas. (La da un pollo.)
- ELV. (Cogiéndolo y acariciándole.) Ven acá, bonito, enfermito mío, ¿á ver cómo tienes la patita que te empalmamos? Mira, Obdulía, ya la tiene curada el pobrecito.
- OBD. (Acercándose para ver) Pobrito él.
- ELV. ¡Qué manera de hablar! ¿Por qué no dices. po... bre... cito de él?
- OBD. Pues velailo; probito del.
- ELV. Hay que dejaros por imposibles.
- OBD. (Aparte.) Ella curando pollos, y el mi hijo en el chozo. (Tapa la cesta de los pollos y la coloca bajo el escaño.)
- ELV. ¿Y la otra gallina?
- OBD. ¿Cualá? ¿La paticalzá?
- ELV. Sí; aquella que rompía los huevos.
- OBD. Mielá usted. (señalando el puchero.) (1).
- ELV. ¿Dónde?
- OBD. ¡Aquí, en el puchero! Ya verá usted qué güena está la pipitoria.
- ELV. Pero, ¿la has matado? ¿sin decirme nada?
- OBD. ¡Oh! eso no está bien... no está bien.
- OBD. (Aparte.) ¡Reñirme tú... á mí!... (Alto.) La maté (Con ironía.) porque no criaba, y hembra que no cría sobra en la alquíría.
- ELV. ¡Qué frase tan grosera! ¿Acaso creéis que no hemos venido al mundo más que á eso?

(1) En el caso de que se utilice la misma decoración del primer acto, dirá Obdulía: «Mielá usted», señalando por una de las puertas laterales.

- OBD. Yo no lo digo por naide.
- ELV. Pues si lo dijeras, ¿estarías aquí?
- OBD. (A parte.) Lo que le falta de hijos le sobra de humos.
- ELV. (A parte.) Esta mujer tiene para mí algo de fatídico.
- SASTRE (Acercándose.) Señora ama, ¿probamos el traje? Ya está terminado.
- ELV. (Dudando un instante.) No, yo no me pongo eso, ¿no sería igual probarlo en ésta?
- SASTRE Como igual, no; pero es casi aparente á usted. Una miaja más. (Dirá alta ó baja, según la estatura de las actrices.)
- ELV. Eso poco importa.
- OBD. Pues venga, que siempre estoy dispuesta á ser charra maja.
- SASTRE (A Obdulia.) Como desprecia lo de la tierra, pues la tierra le dará lo que merece.
- OBD. Dice usted verdá, y asina sea sacerdote. (Obdulia, con el Sastre y la Ayudanta, se colocan tras un escaño, que la oculta de cintura abajo, y comienzan á vestirla el traje de charra. Elvira se sienta en otro y lee pausadamente la siguiente carta:)
- ELV. (Leyendo.) «¡Pobre hija mía! ¡Cómo truecas
»en tristezas las mayores satisfacciones! Tie-
»nes un marido cariñoso, vives en medio
»de gente que te respeta y tú no ves más
»que tosquedad y rudeza y malas pasiones.
»Todo eso es la aclimatación á ese ambien-
»te cuya salubridad abrasa los pulmones á
»las primeras bocanadas. Ten calma y pa-
»ciencia, y sobre todo no mermes el afecto
»á ese marido que se mira en tí para amar-
»te y servirte. ¡Si vieras el otro! Metido
»de patitas en el fangal de la política, pro-
»vocando á todos en la prensa, en el Con-
»greso, ausente de su familia. ¡Qué dife-
»rencial!» ¡Oh, Fernando! ¡Por qué me lo re-
cordais! Es el enemigo que remueve en el fondo de mi alma los recuerdos de aquella pasión. No, no leo más de esto, no quiero saber de él ni bueno ni malo. (Vuelve la carta, saltando algunos párrafos, y continúa la lectura en voz baja.)

- OBD. Ahora el devental... ¡Ajajá! El picote...
¡Vaya una delantera de reina!
- SASTRE Y que te sienta por lo divino. El dengue...
(Le coloca el dengue.)
- OBD. Propiamente como un ama. ¡Si me viera el amo!
- ELV. (Dejando la lectura.) ¿Qué dices?
- OBD. Que si me viera el amo... me riñería por vestirme con lo de usted. ¡La estima á usted en tanto!
- ELV. (Volviendo á la lectura.) «Esa mortificación es »infundada. Hace un año que te casaste y »no es para desesperar, como tú lo haces. »Y aunque se confirmasen tus temores, ¿no »hay matrimonios sin hijos que son felices?» ¡Ah, padres míos! ¡No veis vosotros el descaro con que el espectáculo de la fecundidad se presenta en estos campos! ¡No sabéis con qué desprecio se habla de todo lo estéril, sea cosa sea persona!
- OBD. (Acercándose á Elvira.) Aquí está el ama Obdulia, la de...
- ELV. ¿La de dónde?
- OBD. (Mordiéndose los labios.) La del... chozo d'arriba, señora ama.
- ELV. (Al Sastre.) Está bien.
- SASTRE No lo habrá mujer en tó el campo: el amo lo ha quería asina. ¡Mire usted qué fimbria calá, qué abalorios, qué bordaos ricos los del dengue, el picote y los puños. ¿Y encajes y deshilaos? ¿dónde los habrá más finos? (Va señalando las prendas.)
- ELV. Y no te sienta mal. Viéndotelo puesto no me disgusta. Será el aire, la manera de llevarlo. ¡Tú sí que eres charra de verdad!
- SASTRE ¡Lígrima como denguna!
- ELV. ¿Y qué es eso de lígrima?
- SASTRE Sí va al decirse como ligítima.

ESCENA III

DICHOS, MANUEL ANDRÉS, DIONISIO, RICARDA, JUANA,
PASTORES y acompañamiento

Entra Manuel Andrés con zajones y garrocha en mano, seguido de Dionisio y demás gente que figura en la escena, y van colgando las garrochas y sentándose, platicando unos con otros en grupos animados. Ricarda y Juana reparten pan, chorizo y vino

- M. AND. (Dirigiéndose á Elvira.) Aquí me tiene ya la mi charrita; (Acariciándola.) pero, ¿qué es esto? (Mirando á Obdulía y luego á Elvira.) ¿Con tu traje? ¿Te lo hice yo para gala de criadas?
- OBD. (Airada.) Me lo mandó poner el ama.
- M. AND. Pues el amo te lo manda quitar. (Sale Obdulía.)
- RIC. (Murmurando con Juana y los demás.) Poco te duró la dicha.
- JUANA El que de ajeno se viste... (Elvira y Manuel Andrés se sientan juntos en un escaño. Cerca Dionisio y los demás en el fondo, como se ha dicho.)
- ELV. (En tono de reconvención á Manuel Andrés.) Cada día vienes más tarde. Parece como si huyeses de tu casa.
- M. AND. No será porque no procuro volver pronto; pero estas faenas del campo son así: exigen tiempo y alejan del hogar.
- ELV. Pues si vieras qué ideas más tristes, qué pensamientos tan negros me asaltan sin tí y rodeada de estas gentes...
- M. AND. Otro día haremos por abreviar la faena; pero hoy nos ha tocado para final retajar dos vacas que no las he visto más ariscas en todos los días de mi vida, ¿verdá, Dionisio?
- DION. Verdad, señor amo, más ariscas que mozas refofilás. (Ríen todos.)
- ELV. ¿Oyes que grosería?
- DION. Es una comparanza, señora ama, porque si se va al decir...
- M. AND. (Airado.) No sigas, hombre, que será peor la explicación que el dicho. Y no vuelvas á ha-

cer comparanzas de ese género. (A parte.) Ya ves que disgustas al ama.

ELV. Es insoportable esta tosquedad.

M. AND. Cierto que son toscos y que su rudeza tiene que mortificar á un espíritu tan delicado como el tuyo; pero créeme: bajo esas asperezas se ocultan nobles y sinceros afectos.

ELV. Leyenda, Manuel Andrés, pura leyenda; esas aspereces denuncian pasiones y malos instintos que no han logrado dominar la educación ni la cultura.

M. AND. Mala idea tienes de mis pobres gentes y me hace temblar el pensar si también tu marido que te adora, que se mira en tí... (Mirándola fiamente.) pero ¿qué es eso? ¿se enturbian tus ojos? ¿No se gozan en mirarme como otras veces? ¿Qué ocurre?

ELV. Nada.

M. AND. Pero dí ¿quieres que arroje á todos de casa, que traiga servidumbre nueva de la ciudad? ¿Quieres que nos vayamos á la ciudad ó á la Corte al lado de tus padres?

ELV. No, Manuel Andrés; eso exigiría el sacrificio de tu alegría, de tu fortuna, de tu vida entera...

M. AND. Pues acostúmbrate á ver la belleza de esta vida... ¿No produce en tu alma una impresión grata de paz serena, patriarcal?

ELV. Nada de eso: me parece pura afectación. Esta gente, Manuel Andrés, ni cree ni niega, ni siente ni padece, toma las cosas como se las dejaron y las sigue de rutina como la mula da vueltas á la noria.

M. AND. No digas eso, Elvira, no destruyas la ilusión y el encanto de toda mi vida. Al oírte, por ser tú quien hablas, me harías dudar, si quisieras, del sol que nos alumbra; pero no seas cruel: abre tu corazón á este ambiente salubre como abres tus sentidos á la luz y á los aromas campesinos. Créeme que también el alma sencilla de estas pobres gentes tiene su fragancia.

ELV. ¡Su fragancia!... En fin, no me hagas caso... tal vez soy demasiado impresionable... tus

- ausencias... indiscreciones de estas gentes...
perdóname, Manuel Andrés, perdóname
(Hace ademán de levantarse.)
- M. ANT. ¿Perdonarte yo, ángel mío? (Conteniéndola por las manos en el escapo) Lo que no te perdono es que te vayas sin oirme como todos los días, sin que me pidas la cuenta diaria de mis ausencias. ¿O es queya no te interesan?
- ELV. ¡Oh, no, Manuel Andrés! cuenta, cuenta. Esas relaciones tuyas son la única dulzura con que lleno los vacíos de mi alma.
- M. AND. Pues la de hoy, si tú no hubieras dejado de ser la que fuiste, reverdecería en tí gratos recuerdos.
- ELV. Habla. (Cogiéndole de las manos.) Para mí siempre fuiste el mismo, Manuel Andrés.
- M. AND. No, amor mío; allá en la Corte, lejos de este ambiente, te parecí mejor que aquí; el caso es extraño, porque debí parecerte mejor aquí en mi propia casa; pero así te ha ocurrido... y te está ocurriendo.
- ELV. (En tono apasionado.) No... por Dios... Manuel Andrés, cuenta eso. Quiero oir de nuevo aquellas narraciones con que regalabas mis oídos en la Corte y que fueron ¡ay! las mieles y primicias de nuestro afecto. Cuenta, por Dios.
- M. AND. Sea. Al ir á encerrar unos novillos, cuando rodeada ya de los mansos y llenando el monte con el eco de sus mujidos, llegaba la piara á lo más angosto de los alares, se vuelve rabioso contra mí, que le iba agujijando, un torazo padre con una cara enmelenada capaz de austar á cualquier mortal.
- ELV. (Interesándose.) ¡Qué horror!
- M. AND. Yo hurté la primera embestida gracias, á la agilidad de tu jaca. Cuando me ví libre de él unido á mis vaqueros le fui siguiendo largo rato; más de una vez volvió hacia nosotros la geta con propósitos nada santos; pero luego continuaba en su huída y nosotros le acosábamos cada vez con mayor ahinco. Cuando le ví ya jadeante y rendido, dije á la gente: ¡vamos á ver quién echa

mano á ese buen mozo!—¡Si va el amo delante, todos contestaron!...—¡Pues allá va el amo, dije yo!

ELV. Y ¿fuieste? (con ansiedad.)

M. AND. Claro está que fui. Metí espuelas hasta darle alcance y sin parar me tiré de la jaca casi entre los cuernos. Al ir á dar el derrote...

ELV. ¡Qué locura! Manuel Andrés, ¡qué locura!

M. AND. Me dejé encunar por el cinto y ayudado de todos los demás, que acudieron al rabo y á los hijares, dí en tierra con aquel angelito...

ELV. ¡Oh! Manuel Andrés, ¡qué hermoso! (con acento de pasión.)

M. AND. ¿De veras te lo parece?

ELV. De veras y para agradecerte de alguna manera este florecimiento de los más gratos recuerdos voy á vestir las galas campesinas que me ofreciste. Voy á ser el ama Elvira. ¡Juana! ¡Ricarda! pronto, el traje de charra, venid á vestirme.

M. AND. Pero, ¿es verdad lo que dices?

ELVIRA (Desde la puerta.) Es verdad.

M. AND. Pues clavetea tus rizos con las horquillas de oro, pon á tus orejas las arracadas de aljófar de mi madre y cuelga de tu pecho el tesoro de sus preciadas alhajas para que cuantos te vean digan asombrados que no hay en el campo de Salamanca ama más hermosa ni más rica que el ama Elvira de la Olmeda.

ELVIRA (Al salir.) ¡Dios mío, dame fuerzas para vencer este tedio que me devora! (Sale con Ricarda, Juana y el Sastre)

ESCENA IV

DICHOS menos los que han salido

Manuel Andrés se sienta cerca del velador y hojea los periódicos. Obdulía, á un tiempo que llena de pan los morrales de los Pastores, mantiene con Dionisio, que la ayuda, el siguiente coloquio

OBD. Parece que se han arreglao.

DION. ¡Hum! No están católicos. El probe amo se empeñó en traer aquí, por su dinero, una

misinga de la ciudá y la trujo; pero ¡caro le cuesta! (Transición.) Y no es porque ella no sea despachá y limpia. Y de conocencia de las cosas y alternancia con las presonas... no se diga, que habrá pocas como ella. ¿Y de letra? (Haciendo como que escribe en la palma de la mano.) ¡Si tiene más pluma que don Luardo el fiel de fechos y se pasa el día leyendo, leyendo...! (Transición.) Pero no se hace á esta vida perra del campo: tóo la sienta mal: lo que come, lo que bebe, lo que mira, lo que oye ¡contra! sobre tóo lo que oye. No sabes como palrarla: sí en señor, se ofende porque hablas mal y si en charro se enfada porque no te entiende. ¡Y miéntale tan si quiera el que no tiene tadía familia... bonita se te pone!

OBD. Pus, hijo, dos trabajos le mando: el de enfadarse primero y aluego el de golverse á contentar. (En tone amenazador.) Lo qué es como juese yo el amo, ya sería otra cosa.

DION. (Con sorna) Me pae á mí que no es el amo lo que tú quisieras ser; te gustaría más bien ser el ama, ¿eh?

(Los Pastores, al acercarse á coger sus morrales para salir, se han enterado de la última parte del dialogo.)

PAS. 1.º (A Dionisio.) Diste en el clavo.

OBD. (Continuando.) Pues si hubiera querido á estas horas lo sería.

PAS. 2.º Chacha, no tires otra vez la suarte por la ventana. (Coge el morral y se dirige á la puerta.)

PAS. 1.º (Bajo desde la puerta.) Agarra la ocasión po un pelo, chica.

OBD. Pus acaso no esté tan lejos como magináis. (Vanse los Pastores 1.º y 2.º)

DION. ¿Por qué dices eso?

OBD. Porque hoy, cuando me vió vestida de charra, aunque lo quiso desimular con su enfado, se le salía el alma por los ojos.

DION. Mal harías en traer la guerra.

OBD. Estoy ya hasta aquí (señalando el moño) de misinquina.

DION. ¡Próbame amo! ¡Dios nos libre y nos defiendal

M. AND. (Volviéndose á Dionisio sin levantarse de la mcsa.) ¡Dionisio!

- DION. Mande usted, señor amo.
- M. AND. Pronto; la contada de la ganadería antes de que salga el ama.
- DION. Aquí está (Sacándola de una cartera de piel de bodigo que lleva en bauldclera.)
- M. AND. (Lee con gran atención y, por momentos, va haciendo signos de mayor agrado.) ¡Vacas, trescientas quince! ¡novillos, setenta! Pero, ¡qué aumentos! ¡Si se han llenado ya los huecos que hice para la boda!
- DION. (En tono de hombre satisfecho.) ¡Ya lo creo que se han llenao! Como que ogaño han parío hasta los vaqueros.
- M. AND. ¡Calla, por Dios vivo! si te oye el ama esa frase estamos perdidos.
- DION. Es tan delicaina.
- M. AND. Es su educación, que es otra que la... nuestra.
- DION. ¿La nuestra? Pues usted tiene algunas letras. Estudió usted en la ciudad...
- M. AND. No tantas como harían falta.
- DION. (Recogiendo la contada y disponiéndose a salir con los vaqueros.) ¿Manda usted algo?
- M. AND. Sí; dí á esos que tengan mucho cuidado con las terneras estacadas alrededor del chozo y... (Bajo) con el niño; tú, quédate aquí por si me haces falta. (Salen Dionisio y los vaqueros.)

ESCENA V

MANUEL ANDRÉS y OBDULIA

- M. AND. Acaba pronto que el ama está llegando.
- OBD. Pus que se aguarde.
- M. AND. ¿Qué es eso, te rebelas? Piénsalo bien si quieres que te tolere aquí un instante más.
- OBD. ¡Qué trabajo te cuesta ser cruel conmigo!
- M. AND. ¿Trabajo? Pues esta misma noche te llevarán al chozo.
- OBD. Pa lo que una pasa... mejor es dirse lejos... y no ver lo que una está viendo. Tú todo cuidados y halagos y amimantarla y á boquita qué quieres. Y élla... toa esdenes y remil-

- gos... No era una así (Lloriqueando.) y güen pago me diste.
- M. AND. ¿Qué más pago pude darte que la imprudencia de dejarte cerca para que me crees un compromiso á cada instante?
- OBD. (Bajo.) Eso no lo haces por mí; lo haces por el nuestro hijo, por tenerlo cerca; pero me iré con él lejos, muy lejos...
- M. AND. Y yo te ahogaré entre mis manos antes de que lo hagas.
- OBD. (Con zalamería.) No te enfades... galán... pre-dóname. Con tal de verme cerca de tí sufriría mil muertes, aunque me las diese esa tísica del demonio, ese escuerzo...
- M. AND. Cállate ó te...
- OBD. Sí, galán... me callo... ya me callo, no volveré á resollar en jamás, en jamás, pero... dame un beso pa el tu hijo, (A cercándosele.) un beso de aquellos que le dabas cuando cogida de la cintura me llevabas por los majadales floridos del monte...
- M. AND. Déjame... déjame, demonio tentador, no es posible estar un instante más á tu lado.
- OBD. Nuestro hijo, aquel hijo quería que está solito en el chozo y que es el único que tienes, porque de esta misinga, ¡que se limpie! (con alegría.) En esta alqueria tóo es criador menos el ama.
- M. AND. ¡Oh, qué furia de mujer! calla, calla. (Va hacia ella con ademán amenazador.)
- OBD. Pus dame un beso pal tu hijo. ¡Si lo vieras! Está moreno y hurañote como un lobezno, con unos ojazos como carbunclos.
- M. AND. ¡Quieres perderme!
- OBD. Y unas cejas espesas y juntas, asina como las tuyas cuando te pones serio... propiamente tu retrato de enfadao... como agora lo estás... galán mío...
- M. AND. Vete, Obdulia; vas á labrar la desgracia de tu hijo...
- OBD. Del tuyo, del tuyo. (Abrazándole.)
- M. AND. Del mío, sea; pero vete, ¡por Dios!

ESCENA VI

DICHOS y ELVIRA y al final DIONISIO

M. AND. Aparta, mujer. (Soltándose de Obdulia y dirigiéndose, después de vacilar unos instantes, hacia Elvira, que permanece quieta como una estatua á la puerta.) ¡Cielo mío! ¡Qué hermosa estás!

ELV. (Avanzando y con acento indignado.) ¡Hermosa mortaja has puesto á nuestro amor! ¡Sólo me faltaba saber que tú eras como todos, fruto ruin de esta tierra miserable! Toma, toma estas joyas y preseas de tu raza y ponlas en el pecho impuro de aquella mujer á quien acariciabas.

M. AND. ¡Elvira! ¡Elvira!

ELV. Yo no las quiero, yo no quiero ya más que volver á los míos y alejarme de este ambiente de rudeza y de engaño en que me ahogo. Llévame á la casa de mis padres.

M. AND. No, no, tú eres el ama de esta casa. Dios nos unió y este es nuestro hogar.

ELV. El mío, no: el de esa villana.

OBD. (Que recuperada de la escena con Manuel Andrés ha mostrado deseos de intervenir en el diálogo.) Sí, el mío, el mío; porque al cabo yo tengo aquí raíces y tú no.

ELV. ¿Qué dice?

M. AND. ¡Calla, mujer, calla tú!

ELV. Déjala que hable, es preciso.

OBD. (Evitando á Manuel Andrés que intenta tapanla la boca.) Tengo un hijo... ¡suyol... ¡suyol... y tú no... tú no lo tienes.

ELV. Dejadla hablar. (Manuel Andrés forcejea con Obdulia.)

M. AND. ¡Dionisio! ¡Ayúdame á echar á esta mujer! (Entra Dionisio.)

OBD. Ya me voy sola. (Dirigiéndose al fondo.)

ELV. No, soy yo la que se va, tú te quedas. ¡Es verdad que tienes aquí raíces!

M. AND. ¡Elvira!

ELV. Y tú deberes que cumplir.

M. AND. ¡Elvira! por Dios.
ELV. Dionisio, los caballos, yo estoy pronto dis-
puesta. Sólo quiero despojarme de estas ga-
las que me sofocan y me enojan. ¡Adiós, Ma-
nuel Andrés! (vase.)

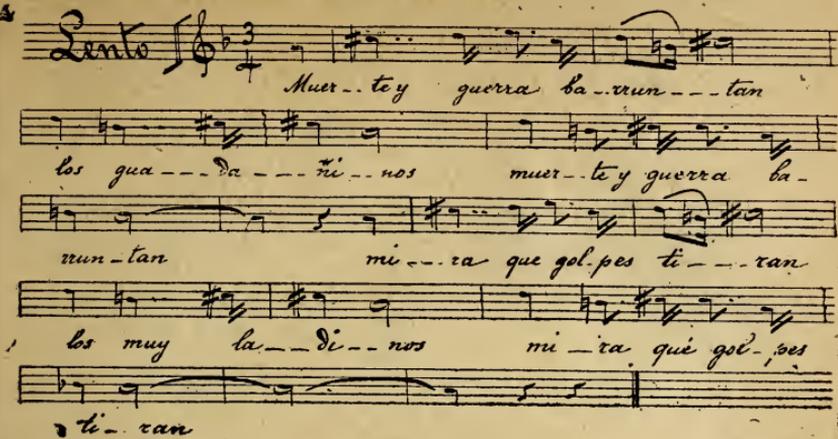
M. AND. (Cayendo en brazos de Dionisio.) ¡Dionisio!
DION. Amo... pacencia, pacencia. Al cabo tenía
que suceder. Usted no era lo que ella pen-
saba, ni ella lo que quería usted. Déjela us-
ted dir y acaso, andando el tiempo, güelvan
á ser felices dambos, porque es una verdad
aquello de que

«Ca oveja con su pareja.»

(Se oye de nuevo á lo lejos el canto de los guadañi-
nos. Obdulia se acerca tímidamente á Manuel Andrés
y, al ver que éste hace ademán de rechazarla, se diri-
ge á la puerta en actitud de la mayor aficción.)

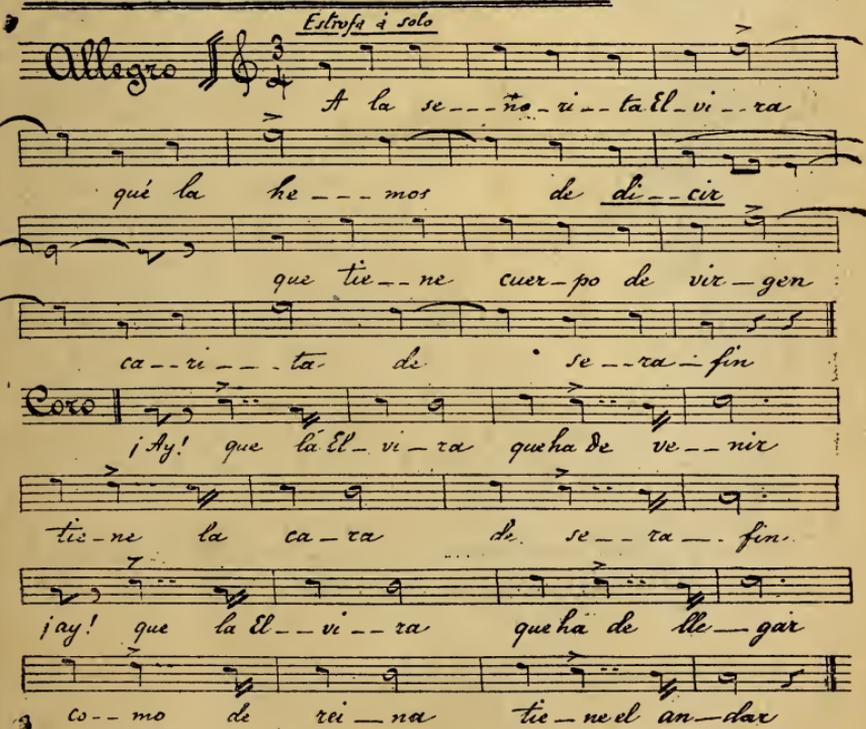
FIN DEI DRAMA

Canto de los Guadaninos.

Lento 

Muer-te y guerra ba-run-tan
los qua-da-ti-nos muer-te y guerra ba-
run-tan mi-ra que gol-pes ti-ran
los muy la-di-nos mi-ra que gol-pes
ti-ran

Tonada de la Bienvenida.

Estrofa à solo
Allegro 

A la se-ño-ri-ta El-vi-ra
quí la he-mos de di-cir
que tie-ne cuer-po de vir-gen
ca-ri-ta de se-ra-fin
Coro
¡Ay! que lá El-vi-ra que-ha de ve-nir
tie-ne la ca-ra de se-ra-fin
¡ay! que la El-vi-ra que-ha de lle-gar
co-mo de rei-na tie-ne el an-dax

Nota: La tonada anterior debe acompañarse con pandereta

Conada pastoril.

Allegro  *Pastor 1º*
La ven-ta-ne-ria de

la Co-ma-sa que no es-tá en ca-sa don-
des-ta-rá?

Pastor 2º
Es-tá sen-tá-da ba-jo u-na en-

ci-na an-da ma-li-na del mal de a-
mor.

Charrada del Sastre.

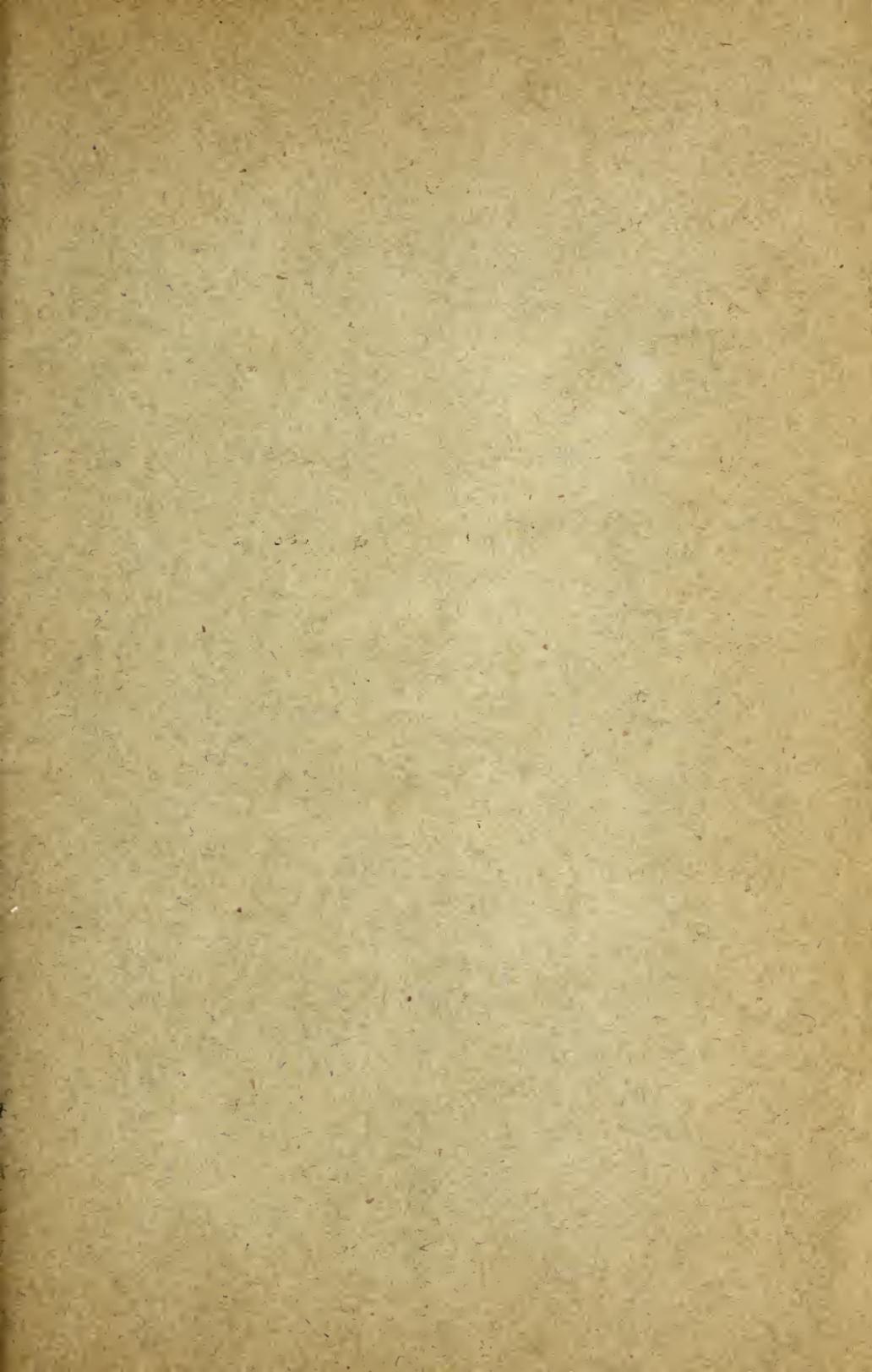
Presto  Las cria-das de ser-vi-cio

van de-re-chi-tas al cie-lo por-que pa-

san con los a-mos las pe-ni-tas del in-

fierno

Nota: El ritmo característico de la Charrada anterior
deberá ejecutarse con un badil y una llave.



Precio: DOS pesetas.